

8º Capítulo del Abad General OCist para el CFM – 03.09.2013

Hemos visto el nivel de la obra de Dios en la que Dios es creador de todos los seres.

Pero los Salmos describen otro nivel, que es más personal: aquél en el que el Señor obra en la historia de los hombres. Y la obra de la elección y salvación del pueblo de Israel es el culmen y el paradigma de esta obra de Dios. Los Salmos nacen y se expresan dentro del ámbito de esta obra de predilección de Dios por Israel y por el rey David. Dentro de esta obra, también el nivel de la obra de la creación encuentra su sentido, como de igual forma la obra futura de la Redención en Cristo a través de la Iglesia es profetizada por los Salmos.

Lo que los Salmos expresan sobre la relación personal de Dios con el pueblo de Israel y con David nos educa a percibir la cercanía de Dios en nuestra vida, su obra de salvación en nuestros acontecimientos, como él nos acompaña en el dramático camino de la vida, a través de las múltiples vicisitudes por las que la vida nos pide o nos permite pasar.

Diría que este nivel de la obra de Dios es un nivel “pastoral”, en el que Dios se hace el pastor y guía de nuestro camino: “El Señor es mi pastor, nada me falta (...). Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo” (Sal 22,1.4).

La obra de Dios por excelencia, que los Salmos cantan y recuerdan, es la creación de su pueblo. Es una obra que coincide con una historia: el pueblo de Dios se ha creado a través del camino que el Señor le ha hecho hacer, un camino iniciado con la llamada de Abrahán a dejar su tierra y su casa para ir a una tierra elegida por el Señor. Abrahán ha aceptado esta obra del Señor, con una fe que miraba más allá de todas las apariencias, para ver a través de su hijo único la obra de un pueblo numeroso que Dios habría creado. A través de cada acontecimiento del pueblo de Israel, la fe de los patriarcas, de Moisés, de los profetas, de David, ha permitido a Dios realizar la obra de su pueblo.

Los Salmos miran esta creación a través de la historia como una maravilla de Dios, una maravilla que no hay que olvidar, incluso cuando parece venir a menos; y a la que volver cuando el pueblo es infiel, olvida, traiciona o es perseguido.

Hago solo algunas citas, porque es un tema que recorre todo el Salterio, y vosotros mismos podéis hacer este trabajo, o estar atentos a este aspecto mientras rezáis los Salmos.

Hermoso el cántico de alabanza del salmo 99 que invita a todos diciendo: “Sabed que el Señor es Dios: que él nos hizo y somos suyos, su pueblo y ovejas de su rebaño” (99,3). Retoma algunas expresiones del salmo invitatorio 94, que san Benito dispone cantar cada noche al comienzo de las Vigilias, y en el que se describe también el pasaje de la obra de la creación del mundo a la obra de la creación del pueblo: “Tiene en su mano las simas de la tierra, son suyas las cumbres de los montes; suyo es el

mar, porque él lo hizo; la tierra firme, que modelaron sus manos. Entrad, postrémonos por tierra, bendiciendo al Señor, creador nuestro. Porque él es nuestro Dios y nosotros su pueblo, el rebaño que él guía” (94,4-7).

San Benito inicia el Oficio de cada día con este salmo, haciéndonos tomar conciencia de la obra de Dios, de la presencia de Dios que hace todo, y hace todo como en un crescendo de pertenencia a Él: primero crea el mundo, la tierra y el mar, después crea al hombre, a cada uno de nosotros, para formar un pueblo que Él conduce como un pastor a su rebaño. Lo que da cumplimiento a la obra de Dios en la creación del mundo y del hombre es la pertenencia a la comunión de un pueblo en el que todos los hombres se dejan guiar por Dios como buen Pastor, en el que la pertenencia a Dios consiste en la libertad de seguirlo, de dejarnos amar por Él, de dejarnos guiar por Él hacia la plenitud de la vida. Porque por esto Dios ha hecho cada cosa.

En efecto, el salmo 94 continúa insistiendo sobre la libertad que el hombre debe ejercer para escuchar al Señor y obedecerle: “...¡Ojala escuchéis hoy su voz!: ¡No endurezcáis el corazón...!” (94,7-8).

Para abrirnos a esta docilidad libre a la obra de Dios que crea y acompaña a su pueblo, los Salmos cantan en abundancia esta obra, que es obra de salvación. Basta pensar en los salmos que recorren la historia de la Alianza, como el salmo 104, que la recorre desde la llamada a Abrahán hasta la entrada en la Tierra prometida. La retoman los salmos 105 y 106, insistiendo sobre la relación nada fácil del pueblo con Dios en el desierto.

El salmo 43 ve en esta historia de la alianza la señal del amor de Dios por el pueblo: “Oh Dios, nuestros oídos lo oyeron, nuestros padres nos lo han contado: la obra que realizaste en sus días, en los años remotos. Tú mismo con tu mano desposeíste a los gentiles y los plantaste a ellos, trituraste a las naciones, y los hiciste crecer a ellos. Porque no fue su espada la que ocupó la tierra, ni su brazo el que les dio la victoria; sino tu diestra y tu brazo y la luz de tu rostro, porque tú los amabas” (43,2-4).

Esta obra de Dios que forma, defiende, afirma y conduce a su pueblo es la gran maravilla que los Salmos cantan, sobre todo, cuando celebran la liberación de Egipto. Como el salmo 65, que invita a todos a alabar a Dios por este motivo: “Decid a Dios: ‘¡Qué temibles son tus obras, por tu inmenso poder tus enemigos te adulan!’. Que se postre ante ti la tierra entera, que toquen en tu honor, que toquen para tu nombre. Venid a ver las obras de Dios, sus temibles proezas en favor de los hombres: transformó el mar en tierra firme, a pie atravesaron el río. Alegrémonos con Dios” (65,3-6).

O también el salmo 76: “Recuerdo las proezas del Señor, sí, recuerdo tus antiguos portentos, medito todas tus obras y considero tus hazañas. Dios mío, tus caminos son santos: ¿qué Dios es grande como nuestro Dios? Tú, oh Dios, haciendo maravillas mostraste tu poder a los pueblos; con tu brazo rescataste a tu pueblo, a los hijos de Jacob y de José” (76,12-16).

Pero en este salmo aparece también un tema que los Salmos no censuran: a menudo el pueblo tiene la impresión de que Dios abandona y olvida la obra de salvación en sus adversidades: “¿Hasta cuándo, Dios mío, nos va a afrentar el enemigo? ¿No cesará de despreciar tu nombre el adversario? ¿Por qué retraes tu mano izquierda y tienes tu derecha escondida en el pecho? Pero tú, Dios mío, eres rey desde siempre, tú ganaste la victoria en medio de la tierra. Tú hendiste con fuerza el mar, rompiste la cabeza del dragón marino” (73,10-13).

“¿Es que Dios se ha olvidado de su bondad, o la cólera cierra sus entrañas? Y me digo: ‘¡Qué pena la mía! ¡Se ha cambiado la diestra del Altísimo!’. Recuerdo las proezas del Señor, sí, recuerdo tus antiguos portentos, medito todas tus obras y considero tus hazañas” (76,10-13).

Pero más que el olvido de Dios, los Salmos muy a menudo cuentan y lamentan el olvido del hombre. Con frecuencia, el pueblo olvida la obra de salvación obrada por el Señor, olvida la Alianza. Por esto, Dios se la recuerda y lo incita a volver a hacer memoria de sus prodigios.

“Sin acordarse de aquella mano que un día los rescató de la opresión: cuando hizo prodigios en Egipto, portentos en el campo de Soán” (77,42-43).

“No endurezcáis el corazón como en Meribá, como el día de Masá en el desierto: cuando vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron, aunque habían visto mis obras” (94,8-9).

“Bien pronto olvidaron sus obras y no se fiaron de sus planes (...). Se olvidaron de Dios su salvador, que había hecho prodigios en Egipto, maravillas en el país de Cam, portentos junto al Mar Rojo. (...) Emparentaron con los gentiles, imitaron sus costumbres; adoraron sus ídolos y cayeron en sus lazos” (105,13.21-22.35-36).

Aquí vemos que el olvido de las obras de Dios nos hace esclavos de las “obras de las gentiles”, es decir, de la idolatría. Quien no hace memoria de la obra de salvación de Dios pierde la libertad con respecto a los ídolos. Y los ídolos, sea del tipo que sean, son un “lazo”, un engaño, porque son obra del hombre que se finge Dios y, por lo tanto, no mantienen su promesa de salvación como la mantiene el Señor.

En el Oficio divino, se nos da y se nos pide vivir esta memoria de las maravillas de la salvación del Señor, y esto permite a Dios continuar obrando por nosotros, liberándonos de los ídolos que engañan nuestra vida. Para san Benito, el Oficio divino es la memoria que permite al Señor continuar en nosotros y entre nosotros la Obra de Dios, su Alianza. El Oficio, los Salmos, como también todos los textos bíblicos y litúrgicos que el Oficio nos propone, renuevan la obra en la que Dios crea y conduce a su pueblo a la salvación en la Alianza con Él, y educa nuestra libertad para que se acuerde de esta obra en acto permanente, aceptándola de nuevo cada vez.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist